

2020

Las cuatro estaciones del cine

Antonio Mitre

Follow this and additional works at: <https://digitalcommons.providence.edu/inti>

Citas recomendadas

Mitre, Antonio (April 2020) "Las cuatro estaciones del cine," *Inti: Revista de literatura hispánica*: No. 91, Article 22.

Available at: <https://digitalcommons.providence.edu/inti/vol1/iss91/22>

This Crónicas is brought to you for free and open access by DigitalCommons@Providence. It has been accepted for inclusion in Inti: Revista de literatura hispánica by an authorized editor of DigitalCommons@Providence. For more information, please contact dps@providence.edu.

LAS CUATRO ESTACIONES DEL CINE

Antonio Mitre

Universidad Federal de Minas Gerais, Brasil

Matinal

En Cochabamba, todos los domingos pasaban en los cines las cuatro estaciones: matinal, matiné, tanda y noche. Pero, así como la primavera y el invierno a veces se trastocan en un mismo día, la matinal de un domingo devino inesperadamente la función nocturna. Me levanté temprano esa mañana, tras un sueño que una película desconcertante prolongaría en la vigilia. Terminé las tareas del colegio a todo vapor, y salí volando a encontrarme con mi amigo Ramón en el lugar convenido: la cartelera de los cines en la galería norte de la Plaza Principal. Allí mismo, sin otro faro que los títulos, concluimos que la cinta que pasaban en el Teatro Achá era la más atrayente. El reloj de la catedral marcaba las diez y media, y había que trotar un par de cuadras para llegar a tiempo. Ingresamos jadeantes a la vieja sala, cuando la sesión de dibujos animados ya había terminado y la película de fondo acababa de comenzar. Recuerdo con claridad algunas escenas, otras muy vagamente, a pesar de haberla visto por segunda vez años más tarde para enterarme del final. Trataba de las aventuras de una banda de piratas que va al encuentro del tesoro enterrado en una isla, cuya localización exacta la señala un mapa a través de sus coordenadas de latitud y longitud. Durante la travesía de una isla a otra, acontecen combates con bucaneros en alta mar, y con indios feroces en tierra firme, el rapto de una doncella y, de por medio, las zozobras y venturas de un niño que se introduce clandestinamente en el barco pirata y acaba siendo testigo ocular de un hecho extraordinario –todo ello magnificado por la furia intermitente de la naturaleza. Y fue

justo después de sobrevivir a una espantosa tormenta, cuando la nave ya se hallaba envuelta por una luminosidad matinal, que la función nocturna abordó en silencio la platea. Reveo ese momento a través de las ranuras del tonel donde está escondido el niño intruso: los hilos de luz que penetran por las rendijas ofuscan su visión, pero muy luego la cámara se fija en un punto de la cubierta donde se comienza a distinguir claramente los pies de una figura que se desplaza hacia la proa y, a medida que se aleja del tonel, va revelando las piernas, en seguida la cintura, los cabellos sueltos sobre los hombros hasta que, de pronto, se materializa de cuerpo entero la doncella de mi sueño. Desde su refugio, el polizón la contempla estupefacto en el instante en que ella gira el rostro y descubre al niño que la está mirando desde la platea. Estimulada por el rubor furtivo que provoca su estampa, la joven se echa sobre la cubierta y, con el sortilegio de un leve gesto, se quita la prenda que cubre sus pechos bajo la canícula del mediodía. —¡Por Dios! ¡Cómo es posible que pasen ese tipo de películas en matinal!, clama una madre con el rostro henchido de cólera bíblica. Indiferente al humor de la censura, la bella de la pantalla se levanta en cámara lenta, sube a una suerte de trampolín pirata y, en cuanto la tripulación se extravía con la visión edénica de sus caderas, ella se desata provocativamente el cordón de la saya, y con un leve bamboleo la desliza por los muslos y las piernas, colmando el aire de misterio, y de alaridos los labios de las matronas. Orgullosa de su cuerpo, la musa de los niños alza los brazos y se echa al agua: mil ojos la persiguen como peces encendidos bajo el vaivén lechoso de las ondas hasta que dos boyas túrgidas salen a flote en el momento exacto en que una araña peluda las atrapa entre sus patas. Son los dedos del maquinista, tratando de interceptar la fantasía represada en el haz de luz que atraviesa la sala. Desde la galería alguien vocifera: —¡Suelte esas tetas, carajo! — justo cuando el cabecilla de los piratas hace saltar de una cachetada la tapa del tonel y el polizón sale en disparada bajo el claror de una tormenta que amenaza hundir el barco pirata, y bañar de espuma incontinente la platea. Los niños se agitan en sus asientos y aplauden alborozados la anarquía instalada, las madres iracundas los jalonean de las orejas en dirección a la puerta en cuanto ellos tratan de volver la vista hacia la pantalla donde la doncella tiene ahora la araña peluda en el vértice de sus piernas. Un espectador pirata, alzándose sobre la punta de los pies, da la voz de alarma desde la jaula: las mujeres forcejean y sus críos resisten fieramente en diversos puntos de la sala, gritos de escándalo rebotan en las paredes, hordas de zapatos en retirada surcan los pasillos y se van arremolinando en el vestíbulo hasta que las luces se encienden y se suspende la proyección.

A la salida, Ramón y yo, sin escoltas, nos sentimos dos personas maduras que acabaron de asistir a una función nocturna. Mientras caminamos hacia la

parada del colectivo, le hablo excitado sobre las sorpresas de la cinta, pero mi amigo no hace ninguna alusión al hechizo de la pantalla, más bien se queja de los problemas técnicos de la exhibición –¡Qué pena que no vimos el final, se cortó justo en la mejor parte! ¡No es la primera vez; las máquinas de este cine son un desastre! Y se quedó en eso, como si nada más hubiese sucedido aquella matinal en el Achá. ¡Te llamo esta noche! –alcanzó a vocear antes de saltar al colectivo que lo acercaría a su casa. Nunca más pude aclarar el motivo de su silencio ni el asidero de mis visiones. Al día siguiente, la radio notició la muerte de un niño, atropellado la víspera cuando atravesaba una calle muy cerca de su vivienda. Cargado de presagios lúgubres, sin preguntar a nadie si era verdad o mentira que Ramón fuera la víctima, fui caminando solo hacia el velorio que tapió mi infancia definitivamente.

Matiné

Las matinés los domingos prometían el cielo, pero, a menudo, terminaban auspiciando penosas estancias en el purgatorio. Comenzaban a las dos y media de la tarde y se prolongaban hasta las fronteras de la noche y, con algo de suerte, se podía asistir, en una única función, a películas taquilleras como *Mogambo* y *Todos los hermanos eran valientes*, o *Scaramouche* y *Melodía inmortal* – una fiesta semejante a la que motivaban las proyecciones de seriales completas. Sin embargo, para el público adolescente, la matiné doble significaba algo más tentador: la oportunidad de pasar cuatro horas seguidas en la oscuridad de una sala con la chica de los sueños. Pero había que pagar un precio alto para soñar, y sin ninguna garantía de que no se iba a despertar en el interior de una pesadilla en curso. Primero, hacer cola temprano en la mañana para conseguir las entradas, concretamente dos butacas juntitas, de preferencia en la última fila arrimada a la pared, enseguida almorzar a la rápida, de modo que hubiese tiempo de buscar a la muchacha en su casa, saludar a sus papás y salir volando para llegar al cine a tiempo. Todo ello en cuanto la digestión iba efectuando su ruidoso trabajo en las tripas. Y ahí radicaba el peligro, manifiesto desde la primera compresión al momento de sentarse en la butaca e intuir, de repente, el suplicio que sería mantener la compostura durante las próximas cuatro horas, cercado de testigos, y con la chica al lado esperando que, con el apagar de las luces, se encendiesen los besos. Bajo esa atmósfera de zozobra, y con el espaldarazo de una honda respiración, comenzaba el vía crucis para evitar la fuga de los vientos enloquecidos en la probeta de laboratorio que a esa altura se había convertido mi barriga. Hora de maldecir los porotos, garbanzos y repollos consumidos a la carrera en el almuerzo, y de poner en duda si valía la pena tanto sacrificio. Pero cada matiné era lo mismo, y el calvario se reanudaba cada domingo, hasta que, con el tiempo, llegué a dominar una técnica refinada que me permitía

conservar la dignidad, aunque la ternura se fuese al tacho. La estratagema consistía en calibrar el ritmo y la intensidad de mis descargas según los desafíos propuestos por la banda sonora de la película, ora largándome al galope tras caballos en disparada, ora replicando en la butaca el pausado trote de los elefantes de la pantalla. Siempre más atento al sonido que a la imagen, era capaz de sincronizar la salida de una ventosidad con el ingreso de un tambor apache o, llegado el momento, soltar una andanada de flatos al son del providencial grito de Tarzán. En situaciones menos estrepitosas, los aventaba en hilachas que, según las ocurrencias de la cinta, se confundían con el crujir de una puerta o con la brisa de un atardecer en la playa. El resto era esperar que los efluvios no fuesen nauseabundos y, si lo eran, imputárselos a un vecino ubicuo con la frase de rigor: “esta gente no tiene educación” – moviendo la cabeza en círculos. De ese modo, obligado por la necesidad y esperando que fortuna hiciese su parte, lograba alcanzar perfectas mímisis sonoras, lo cual asemejaba mis trabajos a verdaderas obras de arte – fugaces, es cierto, pero demostrativas en sumo grado de la reflexividad imprescindible para enfrentar los retos de la vida moderna. Los momentos crueles ocurrían en las escenas de suspenso, cuando la banda sonora permanecía muda y los espectadores prendían la respiración a la espera del próximo sobresalto en medio de un silencio absoluto. En tales ocasiones, no había otra cosa que hacer sino morderse los labios y rogar que el rubor sublimado de los gases incendiarios no volviese fosforescentes mis cachetes. ¡Si no, qué iba a pensar mi chica! ¿Qué chica? De pronto, me daba cuenta de que ella había desaparecido bajo la niebla de mis horribles flatulencias. Pero volvía a encontrarla con el encender de las luces, cuando el infierno quedaba atrás y el purgatorio era una realidad efectiva. Con premura, salía del cine como quien ha pasado la tarde entera en una sauna, sin otro pensamiento que dejar a la muchacha en su hogar e ir rajando hacia el mío, ora a saltos de canguro, ora a pasos chaplinescos cuando ya parecía imposible aguantarse por más tiempo hasta que milagrosamente llegaba a casa y, entonces, era subir las gradas a zancadas y, arriando los pantalones sobre la marcha, vencer la distancia del largo corredor al baño, coger cualquier lectura al paso, arremeter contra la puerta y, con un medio giro en pleno vuelo, caer imantado sobre el redondel de la taza para, ahora sí, abandonarse al jubileo desenfrenado de los pedos y las heces.

Tanda

La tanda: puente levadizo contra el tedio de las tardes de domingo en Cochabamba. Evocar una función vespertina es volver al otoño de una época, cuando la pantalla se llamaba écran, y a una película prohibida se la anunciaba como “no aparente para menores”. No importa en qué lugar

estuviese el cine, con aires de palacete o de enorme galpón, de seguro que tendría su nombre repetido en todas partes—Odeón, Princesa, Pathé, Capitol, Palais Concert, Imperio, Roxy o Rex— hasta llegar como un eco a la llajta, donde la tanda reinaba absoluta a la hora del crepúsculo. Mis recuerdos tienen los claroscuros de sus películas en blanco y negro, bajo cuya sensualidad taciturna germinó el deseo por la mujer de muslos generosos, vientre acogedor y pechos retadores. ¡Cómo olvidar aquel atardecer con Silvana Mangano en *Arroz amargo*! Aún la veo llegar sobre los campos anegados, donde un corro de mujeres encorvadas trabaja en la cosecha. Silvana —sólo ella puede nombrar su personaje— no se agacha, erguida se detiene en el instante que eterniza su belleza. Del limo de sus piernas brotan dos azucenas solapadas por el luto de las medias arriba de las rodillas; el resplandor del agua, abajo, ilumina las torres de su altivez bravía, cuando, de súbito, su rostro de mujer recién nacida imanta la mirada de un muchacho que acaba de ingresar a la caverna mágica. En la habitación del cobertizo, Silvana, recostada sobre un camastro, se recoge el vestido hasta el vértice de lo imaginable, en cuanto su piel pasa de la sombra a la luz que resbala de sus ojos a la página que ella recorta y yo procuro descifrar. Durante varias jornadas, vuelvo a buscarla a la orilla del río donde tantas veces la vi bañarse, y arrojarse con una enagua negra que contrasta cada vez más con el albor de sus muslos. En la nona función vespertina, el río ya me recuerda su voz, y el silencio me transporta hasta el umbral de su cuerpo. Las mujeres colectoras levantan diques para contener el torrente que invade los arrozales e inunda de pasión rediviva mi corazón imberbe. Al notar mi desazón, Silvana me llama con el dedo índice para que me acerque a la pantalla; yo hago el gesto, pero, a un palmo de su cuerpo, me amedrenta el movimiento irrequieto de su falda, y paso muy lejos de los pliegues de su alma. Afligida por mi desconcierto, ella aproxima el rostro para que la bese, y recoge más bien un ósculo impalpable: — aroma de sacristía, sabor a incienso, se queja con enfado y desaliento. Al volverse a la pantalla, la lluvia ha devastado ya los arrozales, y la noche el corazón de los amantes. Inmóvil, un caballo taciturno graba en su pupila los labios de la tragedia. — ¡No me hagas eso, Silvana! — alcanzo a susurrar desde mi butaca, mientras ella sube por última vez la pirámide del sacrificio, y yo cierro los ojos para no verla caer en el abismo. Criatura del mismo barro, la imagen de Isabel Sarli en *El trueno entre las hojas* se funde con la de Silvana Mangano a la hora del crepúsculo, y juntas instauran el presente perpetuo. Ajena a mis dramas de conciencia, Isabel se desviste de memoria frente a la cámara que va montando, cuadro a cuadro, su imagen de ángel obscuro. A la vera de un río transparente, su personaje, Flavia, se baja del caballo y, en cuanto la lente sube a espiar el cielo, ella se quita la ropa de amazona para sumergirse en la corriente eterna. Los espectadores, ocultos tras las marañas del deseo, persiguen el cuerpo fugaz que les da la espalda. Desde la otra

orilla, la cámara la llama: ¡Isabel!, pero es Silvana que vuelve nadando hacia ella y, cuando está a punto de tocarla, emerge de pronto su estatua: piernas de alabastro, cintura cavada por el viento de la pampa y pechos con hambre de espacio. Isabel y Silvana: modelos de la Venus del Sur bajo el claroscuro de un atardecer en Cochabamba.

Noche

De todas las estaciones del cine, la noche arropaba las promesas más seductoras y los finales menos previsibles. La primera vez que asistí a una función nocturna fue transgresión en dosis doble, no sólo el espectáculo era para mayores, sino que comenzaba a medianoche. ¿Te acuerdas, Jimmy? – ¡Ah, sí!, pero eso fue en el Rex, donde hoy está el Palacio de Comunicaciones, te refieres al show de la Rubia Platinada, ¿verdad? – me corrige, cerrando la interrogación con un gesto para que el mozo nos sirva otro trago. ¡Exacto! No sé cómo conseguimos entrar. – Yo, sí, me acuerdo: sobornamos al boleterero que era amigo del celador del colegio. Prometió que nos acomodaría en luneta, bajo condición de que llegásemos después de que se iniciara la función. No se perderán el plato principal, antes se proyectará una cinta pornográfica y, enseguida, se presentará un comediante de mala muerte. La Rubia recién comenzará a sacarse la ropa a eso de la una de la mañana, ¡Mocosos pajeros! – acotó con sorna. Hacía una semana que los periódicos venían anunciándola diariamente en la página de espectáculos, Jimmy se enteró por Prensa Libre el mismo día de su llegada: “Directamente de Buenos Aires”, rezaba el titular de la noticia y, abajo, casi escondida, una foto nebulosa que, con el pasar de los años, fue clareando hasta alumbrar la vieja sala donde dos jóvenes imberbes descubren que el cuerpo que los desvela es el mismo que duerme la noche perpetua. Llegamos al Rex poco antes de la hora marcada, cuando el comediante acababa de comenzar su número. El boleterero, alborozado de ver nuestras fachas, nos acomodó en la última fila en dos asientos reservados a los fiscales de la municipalidad. – Ya estuvieron ayer, nadie vendrá a esta hora, aseveró mientras recibía la suma concertada. Pero si acaso algún alucinado por la Rubia aparece reclamando su sitio, ustedes tendrán que salir rajando – se corrigió, con clara intención de asustarnos. La advertencia nos dejó preocupados, y pensamos si no sería mejor volver a casa. – Creo que tienes razón, ponderó Jimmy, además desde aquí no veremos casi nada. Pero ninguno se movió de su asiento porque el cuerpo que aspiraba la ciudad entera aquella noche era más persuasivo que todos los argumentos. Así lo entendió al fin el propio comediante que, abucheado por el público a cada tentativa de hilvanar un nuevo chiste, decidió abreviar su presencia en el tablado, despidiéndose abruptamente con una andanada de improperios. Tras su retiro, las luces fueron bajando de intensidad hasta que, en la penumbra

de la sala poblada de varones, surgió una voz revestida de tonos espectrales: “¡Respetable público, llegó el momento más esperado del programa, con ustedes y para ustedes, directamente de Buenos Aires, la beldad rioplatense, la única, la despampanante Rubia Platinada!” Hubo chillidos ensordecedores, majaderías, silbidos y aplausos que cesaron cuando el telón se fue abriendo como una boca inmensa ante una multitud que escudriñaba su fondo con el asombro dilatado en las pupilas y el deseo agazapado en los bolsillos. Un chorro de luz comenzó a errar de un lado a otro del tablado buscando desesperadamente su objeto hasta que se detuvo sobre un círculo rojizo de cuyo centro brotó de pronto la figura de una mujer sentada, con el respaldo de la silla entre los muslos. Traía las piernas enfundadas en botas de caño alto, color plata como los guantes que le serpenteaban los brazos. –Desde aquí la Rubia reluce como un astronauta, comenta Jimmy en el momento en que ella comienza a destrabar el portaligas que sujeta una media de seda negra y, a cada palmo que la desliza, renace la piel bajo sus dedos. Con voluptuosa ingravidez, la reina de la noche se levanta al son de una música que acompaña las ondulaciones de su cuerpo, ceñido por un corsé negro que tallándole el torso sube a colmarle los pechos, hechizando el aire con sus reflejos. Sin perder el ritmo, ella va desatando uno a uno los cordones del espartillo hasta quitárselo por completo –¡Viste qué rica es! exclama Jimmy, reforzando su vibración con un codazo. De espaldas a los goces furtivos de la platea, la dueña del instante se contonea, jugando con el elástico de la última prenda y cuando está a punto de deslizarla por sus piernas una sombra la cubre maternalmente de la cabeza a los pies. –Intermitencias del espectáculo, efectos especiales, comenta alguien cercano, ensayando una risita sarcástica. La rechifla de los espectadores amenaza desplomar los altos andamios de la quimera, pero, de pronto, un resplandor fraguado en lo más recóndito del cielo obnubila la sala en el momento en que Jimmy apunta la araña de cristal que chisporrotea y lanza una densa bocanada de humo antes de caer con terrible estrépito sobre la platea. ¡Castigo de Dios! –me digo, temblando de miedo. Del hueco abierto en el techo brota enseguida una llamarada siniestra, como la del dragón del San Jorge que aún cuelga sobre el velador de mi cuarto. La gente corre despavorida para escapar de la humareda que en un santiamén ocupa el interior del teatro. Desde la última fila, Jimmy y yo alcanzamos rápidamente el largo corredor que lleva a la puerta: ¡Está trancada desde afuera! ¡Hay que buscar otra salida! –alguien grita.

Hace tanto tiempo que ya no me acuerdo cómo conseguimos zafarnos. Pudo haber sido mucho más grave –apunta mi amigo, antes de aspirar las últimas gotas de chufly que persisten en su vaso. ¿Te parece poco lo que pasó? –le increpo, recordando el instante en que un grupo de voluntarios sale del cine vociferando: ¡Encontramos el cuerpo de la argentina! Tendida sobre una camilla improvisada, pasa a mi lado como un destello, dejando

entrever un pedazo de piel amarillenta con pinceladas de sangre a la altura de los pechos. Recuerdo claramente su rostro milagrosamente intocado por el fuego. –¡Te juro que parecía perdonarnos! ¿Acaso llegaste a verla? –me escruta Jimmy, desconfiado, y remata enseguida: ¿O será que sigues saboreando el caldo de la culpa en que se cocinaron nuestros sesos en el colegio? La cubrieron con una manta y la llevaron a la morgue. En edición vespertina, Prensa Libre detalla los números del siniestro: un muerto, y tres heridos sin gravedad. En un recuadro aparte, se comunica que la urna funeraria, con los restos de Gilda Téllez, alias la Rubia Platinada, será transportada directamente a Buenos Aires en el primer vuelo de la semana. –Te confieso, Jimmy, que cuando leí la noticia pensé que se trataba de otro acontecimiento. Todo era distinto, el relato demasiado parco, las cifras inadmisibles frente al horror de la tragedia. –¡No, hombre! ¡Las cosas no fueron como las pintas! –se impacienta mi amigo y, levantándose para irse, propone un final animador a mi desconcierto: ¡Consuélate, viejo, la Rubia Platinada ha vuelto de las cenizas del Rex para rescatarte del tonel oscuro en que te atrapó el destino aquel domingo de primavera!